

¿Me puedes dedicar un milisegundo?

Cada milisegundo que transcurre, el cerebro humano reorganiza la información interna y externa de que dispone dando lugar con ello a un organismo diferente. Por el solo hecho de funcionar, a cada instante se transforma en otro.

Este hecho, que me describía hace unos días mi amigo Ceferino Maeztu con el rigor y la enjundia de un apasionado de su profesión de científico, me hace barrer para casa y reflexionar sobre lo efímero y lo trascendente de nuestro trabajo.

A un lado nos situamos nosotros, empeñados en dejar miguitas de expectación para atraer los mecanismos de percepción del consumidor. Y al otro lado su cerebro, devorando estímulos como una bestia y manteniendo al susodicho en el constante jaque de ser y no ser, puesto que cada minuto, aunque sea por milésimas, lo hace convertirse en 60.000 personas diferentes.

El "*yo soy yo y mis circunstancias*" debería tal vez pronunciarse con escepticismo y en pasado, para guardar una mínima coherencia con la velocidad del transformismo cerebral.

Quizás el "*no querer pensar*", que tanto motiva a nuestra civilización, no responda a otra cosa que al deseo instintivo de no querer ser tanta gente al mismo tiempo. La comodidad de la vida fácil se asocia en parte al disfrute de las cosas ya pensadas, de tal manera que cuando admiramos, por ejemplo, la capacidad de la memoria del ordenador y la rapidez de su procesador, es realmente nuestra propia pereza mental, nuestra desmemoria, la que estamos celebrando.

Curiosa contradicción la que nos hace sugerir al consumidor un uso inteligente del olvido, pero al mismo tiempo nos obliga a introducirnos en su mente para lograr dicho fin, ocupando el mismo hueco que pretendemos liberar.

Vamos, que cuando le pedimos al cerebro que se quede quieto, lo que hacemos en verdad es acelerarlo.

Si creemos en el aforismo de la filosofía oriental "somos lo que pensamos", sólo existimos como profesionales de la persuasión si el consumidor *nos piensa*, si nos engulle en esa maquinaria despiadada de neuronas, axones, sinapsis... y pasamos a formar parte de él.

Y sólo existimos como seres humanos responsables, si al transformarle también cambiamos, para bien, la parte alícuota que representa en el Planeta.

Al menos durante un milisegundo.



Santiago Rodríguez